



KENNEDY-BEAR-SHEPARD DOZOIS-WILLIS-BUTLER

LO MEJOR DE

«ISAAC ASIMOV SCIENCE FICTION MAGAZINE»

EDICION DE GARDNER DOZOIS



El fin de la vida tal y como la conocemos, por **Lucius Shepard**. La gran revelación de la nueva ciencia ficción norteamericana con un relato sobre una pareja para la que nada puede volver a ser como antes.

El apaciguador, por **Gardner Dozois**. Un buen día, las aguas empezaron a crecer... La historia de un niño que se sentía responsable de la catástrofe. Premio *Nébul*a 1983.

Servicio de vigilancia, por **Connie Willis**. Como trabajo de fin de carrera fue enviado al bombardeo de Londres entre el grupo de voluntarios para la prevención de incendios. Premios *Nébul*a 1982 y *Hugo* 1983.

Su cara peluda, por **Leigh Kennedy**. Sobre los desórdenes emocionales que provoca en su instructor una brillante orangután que quiere llegar a ser escritora de best sellers.

Luchacruenta, por **Greg Bear**. Un conflicto de dimensiones cósmicas entre dos especies evolucionadas en épocas diferentes del universo y que se enfrentan como enemigos irreconciliables. Premio *Nébul*a 1983.

Hijo de sangre, por **Octavia Butler**. La historia de un grupo de hombres criados como ganado por extraterrestres que los utilizan como huéspedes de sus huevos. Premios *Nébul*a 1984 y *Hugo* 1985.

Durante los últimos años, la *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine* se ha consolidado como la revista más importante e innovadora del género. Los relatos de la presente selección, además de justificarlo, permiten una visión única de los caminos que han abierto las nuevas figuras surgidas en el género, recorriendo, al mismo tiempo, todo su amplio abanico de temas.

Prefacio

Hace diez años, en los remotos y fabulosos días de 1976 —ahora extintos junto al dodo y el dinosaurio—, nació el *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine* como resultado de unas conversaciones entre Isaac Asimov y Joel Davis, presidente de Davis Publications Inc., George Scithers fue contratado como editor, él me contrató a mí como editor asociado, y el IAS salió a la calle. La opinión casi unánime de la crítica del momento fue que la revista no duraría mucho, que el ambiente editorial del mundo de la ciencia ficción había cambiado hasta tal punto que no era viable la edición de una revista con un cierto éxito. El más optimista nos dio seis meses.

Se equivocaron. Yo dejé la revista al cabo de un año, en el que habían aparecido cuatro números (por aquel entonces se publicaba trimestralmente), pero la revista continuó varios años más bajo el liderazgo de George Scithers, que siguió llevando las riendas hasta el número 51. Ésa fue la primera gran Era de la revista, la Era Scitherianna, y, de momento, George sigue manteniendo el récord de permanencia editorial. La revista se afianzó mientras estaba a su cargo, estableciéndose, y fue admitida en el seno de la ciencia ficción, pasando a publicarse mensualmente. (Hoy somos una publicación tetrasemanal, que edita trece números anuales, pero eso no viene ahora a cuento.) Tras la marcha de George hubo un breve período en que Kathleen Moloney estuvo al cargo, siendo luego sustituida por Shawna McCarthy (que llevaba muchos años relacionada con la revista, primero como asistente y, luego, finalmente, como

editor), y el telón se alzó para dar paso a la segunda gran era de la revista, la era McCarthy. Fue en este período cuando la revista consiguió sus grandes éxitos de crítica, y fue considerada por muchos comentaristas como la revista más prestigiosa de todas las de SF, y hasta el mayor muestrario del género. Entre los contratados por Shawna encontramos ocho premios Nébula, cinco Hugos, y un World Fantasy Award, ganando ella misma un bien merecido Hugo al mejor editor profesional.

De todos modos, la evolución nunca se detiene, y la Era McCarthy llegó a su fin con el número 100 de enero de 1986, cuando Shawna abandonó su puesto, siendo reemplazada por mí, Gardner Dozois, que me sentí extraño por volver a una revista que había ayudado a lanzar tantos años atrás, aunque esta vez al frente, pero encantado y dispuesto a hacerlo lo mejor posible. Puede que resulte prematuro hablar del período Dozois (¿la época Dozoisiana?, ¿la era Dozoisista? ¿el Dozoistoceno?), pero sería interesante que, dentro de un tiempo indeterminado, nos paráramos a examinar los estratos geológicos y viéramos con exactitud qué fue lo que hice. Como yo he dicho, la evolución nunca se detiene.

Hasta entonces tenemos esta antología. Hace poco tiempo que van editándose con regularidad antologías del *IASfm*, sacadas de la revista, que no sean monotemáticas, por lo que la era Scitheriana, por ejemplo, está bastante bien documentada. Pero, de todos modos, sigue habiendo huecos en los fósiles disponibles. Hace unos años no se acostumbraba a editar antologías generales, no monotemáticas, de la revista (Shawna preparó varias durante ese período, dos de las cuales, *Space for her own* y *Fantasy*, acabarían siendo editadas por Ace Books, pero eran antologías monotemáticas), así que todavía queda mucho por documentar de ese período. La presente antología está concebida para remediar la situación, y abarca más o menos, de 1982 a principios de 1985, casi bordeando la era McCarthy.

He hecho algo de trampa para poder incluir «Servicio de Vigilancia» en un extremo y «El fin de la vida tal y como la conocemos» al otro, pero, en la mayoría de los casos, me he concentrado en los años de 1983 y 1984, decidiendo arbitrariamente, por motivos de espacio, no incluir nada de 1985, el último año de Shawna (material que espero utilizar en futuras antologías). Sí, ya sé que el cuento de Shepard apareció en enero de 1985, pero, como ya dijo Emerson, una coherencia extrema no deja de ser la mosca de las mentes estrechas. Así que... Las circunstancias forzaron otras elecciones y otras omisiones, incluso de cuentos premiados. Por ejemplo, «A Letter from the Clearys» de Connie Willis fue publicado en *Space for her own*, y el de Scott Baker, ganador del World Fantasy Award, «Still Life With Scorpion», apareció en *Fantasy*, y no he querido duplicar cuentos de esas antologías. De igual modo, el cuento «Voces» de Octavia Butler ganó un Hugo, pero he preferido incluir «Hijo de Sangre»... E incluso había cuentos de primera línea que resultaron demasiado largos para ser incluidos junto al material que tenía que estar. El *IASfm* ha sido durante los últimos años uno de los últimos refugios naturales de una forma literaria en extinción, el cuento largo, y muchos se publicaron aquí. Pero el problema que tienen los cuentos largos es que son, al fin y al cabo, largos y eso quiere decir que no puedes incluir muchos en un solo libro.

Dado que nadie ajeno al mundo editorial puede comprender los largos plazos de tiempo que implica la edición de una revista, considero que debo enfatizar el hecho de que los cuentos de esta antología fueron contratados por George, o (en su mayoría) por Shawna. Ningún material contratado por mí apareció en la revista antes del número de enero de 1986.

Para terminar, me gustaría agradecerles, en primer lugar, a George y a Shawna el buen gusto que demostraron al comprar este material (y en particular a Shawna por proporcionarme los detalles históricos); darle las gracias a la di-

rectora editorial Sheila Williams (que lleva trabajando en la redacción de la revista desde hace muchos años y tomó parte activa en la decisión de comprar algunos de estos cuentos), a la ayudante de editor Tina Lee (que hizo mucho del desagradecido trabajo de selección relacionado con la publicación de esta antología), a Cynthia Mason (que fue quien la sugirió), y especialmente a Susan Allison, mi editor en este proyecto.

GARDNER DOZOIS

El fin de la vida tal y como la conocemos

por Lucius Shepard

«El fin de la vida tal y como la conocemos» fue contratado por Shawna McCarthy y apareció en el número de enero de 1985 de IAsfm, con ilustraciones interiores y una brillante cubierta de J. K. Potter. Acabó convirtiéndose en uno de los relatos más aclamados del año pese a no quedar clasificado para el Nébulas, y fue desplazado por uno de Shepard publicado en otra revista, «The Jaguar Hunter». El primer trabajo que le vendió Shepard a la revista fue el cuento largo «A Traveller's Tale», publicado en el número de julio de 1984, y desde entonces se ha convertido en uno de los autores fijos de la revista. Shepard, autor prolífico, le ha vendido a la revista más de doce relatos en los últimos años..., y nos complace decir que todavía nos quedan bastantes pendientes de publicación. Esperamos poder proporcionarnos más trabajos suyos en el futuro.

Lucius Shepard nació en Lynchburg, Virginia, y ha viajado frecuentemente por Oriente Medio, Europa, Latinoamérica y el Caribe, lugares que suelen ser los marcos donde se desarrolla su obra. Shepard empezó a publicar en 1983, y ha tardado poco tiempo en convertirse en uno de los nuevos autores más prolíficos y populares que ha dado el género en los últimos años. Shepard ganó el premio John

Campbell de 1985 al mejor escritor novel, quedando tres veces finalista ese mismo año en tres categorías diferentes del Nébulas. También ha quedado finalista del Hugo, el British Fantasy Award, el John W. Campbell Memorial Award, el Philip K. Dick Award y el World Fantasy Award. Su célebre novela, Ojos verdes, mereció una edición especial de Ace, y sus últimos libros son la novela Life During Wartime, publicada por Bantam Books, y una colección de cuentos, The Jaguar Hunter, editada por Arkham House. Ganó el Nébulas de 1987 por el cuento largo «R & R» (incluido en Los Premios Nébulas 1986), un relato también publicado en la revista.

Lo que más odiaba Lisa de México eran las moscas, y Richard dijo que sí, que las moscas eran un incordio, pero que lo que más le molestaba era la forma de comportarse de la gente, ya sabes, la manera en que te ignoran los camareros y se burlan de ti los taxistas, y esa expresión agriada de los conserjes, como si te hicieran un favor dejando que te quedes en sus hoteles llenos de pulgas. Lisa replicaba a todo eso que no podía culpar a la gente porque probablemente estarían irritados por las moscas. Esto hizo reír a Richard y, un instante después, Lisa se unió a él, pese a no haber querido decir algo gracioso. Necesitaban reírse. Estaban en México para salvar su matrimonio, y las cosas no iban muy bien..., excepto en la cama, donde las cosas siempre habían ido bien. Lisa nunca había sido menos ardiente con Richard, ni siquiera durante su asunto.

Formaban una pareja atractiva en la treintena, de esas que consideran una vida sexual sana como algo esencial a su clase, un accesorio como puede serlo un jacuzzi, o un procesador de comida francesa. Ella era una morena alta, con aire de duende y una piel perfecta, una esbeltez aeróbicamente cuidada, y una cara que conseguía transmitir tanto sensualidad como inteligencia («ojos de puta y es-

queleto de Vasar», decía Richard). Él se mantenía delgado por el frontón y el levantamiento de pesas, con un toque ejecutivo de gris en su pelo negro y tenía el suave atractivo de un joven líder. En un tiempo solían mantener la ilusión de que seguían atractivos y en forma para el otro, pero las ilusiones se habían empañado y ya no comprendían por qué seguían manteniéndolas.

Durante un tiempo simularon odiar México, pretendiendo que era un nuevo lazo que los unía, cada uno en el intento de superar al otro en descubrir nuevas muestras de suciedad e insensibilidad nativas, pero, finalmente, se dieron cuenta de que lo que más odiaban del país eran sus propias percepciones de él, y se dirigieron hacia el sur, a Guatemala, donde, les dijeron, el ambiente era propicio al romance. Mostraron dudas al oír los informes sobre la actividad de las guerrillas, pero su informante les aseguró que los peligros habían sido exagerados. Era un viajero experimentado, un viejo inglés que había pasado sus últimos doce inviernos en Centroamérica. A Richard le pareció un personaje lleno de colorido, alguien salido de una novela de Graham Greene, mientras que Lisa le describió en su diario como «un viejo marica sin raíces».

—Tienen que ir al lago Atitlán —les dijo—. Es realmente impresionante. Allí, la revolución es una imposibilidad estética.

Richard comprobó el último *Miami Herald* antes de subir al avión, y se entretuvo todo el rato lamentándose por la caída de la civilización occidental. Estaba convencido de que Estados Unidos iba camino de convertirse en parte del tercer mundo y que sus nietos vivirían en tierra contaminada mal llevando vidas de duro trabajo bajo un gobierno cada vez más orwelliano. Pese a no ser una convicción sorprendente, el periódico dejaba bastante claro que semejante mundo estaba cada vez más próximo, y Lisa calificó su punto de vista como de inteligente; de hecho, Lisa siempre consideró la inteligencia como algo de su exclusiva propie-

dad, reivindicándola para sí junto a las tradicionales cualidades femeninas de espiritualidad y cariño. A veces en Connecticut, mientras daba clases de arte o hacia llamadas para Greenpeace o cualquier otra causa que hubiera reclutado su buena voluntad, miraba a las otras mujeres, todas de posición social más que desahogada, como ella, desesperanzadas y buscando con ojo bizqueante el último retazo de excitación que podían encontrar, y se daba cuenta de hasta qué punto el matrimonio había disminuido su voltaje personal. Lo cual no impidió que, pese a haberse enamorado de otro hombre, siguiera aferrándose el miedo de que eso era lo mejor a que podía aspirar, de que no importaban los pasos que diera para cambiar su situación, su vida siempre se vería medida por el canon de la mediocridad. Que últimamente dejara de aferrarse a él no era señal de que hubiera disminuido el miedo, sino de que sus dedos resbalaban, de que su energía ya no bastaba para mantenerla sujeta.

El avión llegó a la ciudad de Guatemala, sobrevolando las ajadas y verdes colinas moteadas por chozas cuyos colores parecían engañosamente brillantes y alegres desde las alturas. Richard hablaba sobre sus inversiones, y afirmaba que le alegraba haber comprado esto y aquello, porque las cosas empeoraban día a día.

—Se acerca una tormenta de mierda, nena —dijo, dándole una palmada en la rodilla—. Pero nosotros seguiremos tan cojonudamente.

A Lisa siempre le molestó que cuando se sentía especialmente orgulloso su lenguaje se hiciese mucho más vulgar, y se limitó a encoger los hombros en respuesta.

Alquilaron un coche tras pasar la aduana y condujeron hasta Panajachel, un pueblo situado a orillas del lago Atitlán. Había un hotel bastante elegante en el puerto, pero Richard insistió en lo de hacerlo «más auténtico» y se hospedaron en uno más barato que había a un extremo del pueblo; un edificio de yeso verde, con franjas rojas, una ar-

cada en la entrada y un patio asfixiado por helechos, que conducía a lo que Richard llamaba «el conjunto sangraoídos», refiriéndose al rock and roll que aullaba desde las ventanas. La mayor parte de los otros huéspedes era jóvenes universitarios de vacaciones, una mezcla de franceses, escandinavos y americanos, así que Lisa se cambió de ropa en cuanto deshicieron las maletas, y se puso unos vaqueros y una camiseta para no destacar entre ellos. Cenaron en el comedor del hotel, amueblado y abarrotado con mesas y sillas de madera pintada de rojo, y que tenía el menú escrito en la pared en inglés y castellano. Richard parecía estar disfrutando; estaba relajado, y su vocabulario, salpicado con palabras que no había usado desde hacía una década. A Lisa le gustaba escuchar lo que se decía a su alrededor, cómo hablaban de droga y de cómo se trata la gente en Huehuetenango y ten cuidado si vas a Bogotá, tío, porque hay bandas de chavales por la calle que te dejan limpio... Esas conversaciones le recordaban el mundo que había recorrido cuando estaba en Vassar, antes de que Richard la atrapara. Era un médico que acababa de volver de Vietnam, angustiado por los horrores que vio, pero endurecido por haberlos presenciado; por aquel entonces le pareció una fuente de fortaleza, un caballero blanco, alguien que la rescataría. Pero, después de la boda, no fue capaz de recordar por qué había querido que la rescataran, y, ahora, pensaba que todo fue por la emoción que intuía tras su aura de reciente violencia, habiéndosela atribuido a sí misma por una necesidad romántica de sentirse en peligro.

Siguieron ante la mesa después de cenar, observando a los jóvenes huéspedes perderse en la tarde y siendo observados a su vez —o al menos en el caso de Lisa— por un guatemalteco cuarentón con un bigote que era una línea de pelo, traje oscuro y cabello teñido. La observaba mientras comía, bajando la mirada cada vez que tenía que llevarse algo a la boca, y volviéndola a mirar luego. Normal-

mente Lisa se habría sentido irritada, pero le atrajo el evidente anonimato del hombre y adoptó un aire de flirteo, riéndose estentóreamente y moviendo mucho las manos, esperando así frustrarle.

—Se llama Raúl —dijo Richard—. Es un tratante de blancas que trabaja para el Generalísimo y tiene órdenes de conseguirle una gringa nueva para el harén.

—Es el tío de alguien —dijo Lisa—. Está aquí para resolver una disputa familiar. Está casado con una india, tiene siete niños y lleva puesto su único traje para impresionar a los americanos.

—¡Dios, eres una romántica! —tomó un sorbo de su café, hizo una mueca y bajó la taza.

Lisa le contestó con sarcasmo:

—Yo creo que es muy romántico. Digamos que me mira porque me desea. Si eso es cierto, probablemente ahora estará pensando cómo tratar conmigo, o preguntándose si podría darte su camión, que es su único medio de vida, a cambio de pasar una noche conmigo. Eso sí es algo romántico: una estupidez apasionada con todas sus malditas consecuencias.

—Supongo —dijo Richard, disgustado por la definición.

Tomó otro sorbo de café y cambió de tema.

Al atardecer bajaron hasta el lago. El pueblo era bastante encantador, con sus calles empedradas y sus casas blancas con tejas, pero las tiendas de *souvenirs* y las voces americanas bastaban para romper el encanto. De todos modos, el lago era hermoso. Estaba delimitado por tres volcanes, bordeado por palmeras, y había canoas indias brillando en la otra orilla. El agua parecía cubierta de vivos reflejos amarillos y escarlata, y las palmeras y los conos volcánicos se recortaban contra un cielo igualmente vivido, haciendo que el lugar tuviera el aspecto de un paisaje prehistórico.

Estaban en un muelle de madera cuando Richard la atrajo hacia sí para besarla, y ella volvió a sentir la emoción

de su primer beso; pero sabía que no era auténtica, que era una magia falsa nacida de la preocupación y la geografía. Podían seguir viajando, llenando sus días con paisajes exóticos, cubrir sus vidas con reflejos, pero cuando se detuvieran descubrirían que se habían limitado a preservar las rutinas del matrimonio. No había forma de remediar su separación.

Los gallos la despertaron a la luz gris del amanecer. Recordó un sueño sobre un amante sin cara y se estiró rodando hasta su sitio. Richard estaba sentado ante la ventana, vestido con vaqueros y una camiseta. Él la miró, y devolvió la mirada a la ventana, a la vista del volcán verde pálido que se vislumbraba entre la niebla.

—No funciona —dijo, y cuando ella no le respondió, por estar aún medio dormida, enterró la cabeza en sus manos, apagando su voz—. No puedo seguir sin ti, nena.

Ella siempre temió este momento, pero no había ninguna razón para aplazarlo.

—Ahí está el problema —dijo—. Antes podías.

Se soltó de la almohada y se incorporó mirándole de frente.

—¿Qué quieres decir? —dijo él, levantando la cabeza sorprendido.

—¿Por qué tengo que explicártelo? Lo sabes tan bien como yo. Nos debilitamos, nos agotamos, nos deprimimos mutuamente. —Bajó los ojos para no verle la cara—. Puede que no sea cosa nuestra. Hay veces en que pienso que el matrimonio es un gran encantamiento, hecho con velos y pasteles, que estropea todo lo que toca.

—Lisa, sabes que no hay nada que yo no...

—¿El qué? ¿Qué es lo que harías? —Alisó las sábanas con furia—. No comprendo cómo conseguimos hacernos tanto daño. Si es culpa mía intentaré arreglarlo. Pero ya no podemos hacer nada. Al menos ya no juntos.

Richard emitió un largo suspiro, un suspiro como el de un hombre que acaba de desactivar una bomba y puede permitirse volver a respirar.

—Es él, ¿verdad? Todavía le quieres.

Le enfurecía que nunca utilizara su nombre, como si fuera esto lo que importara.

—No —dijo con rigidez—. No es él.

—Pero todavía le quieres.

—¡Eso no es lo que importa! Yo todavía te amo, pero querer... —Encogió las piernas y apoyó la cabeza en las rodillas—. Por Dios, Richard. No sé qué más decirte. Ya te lo he dicho un centenar de veces.

—Puede... puede que toda esta conversación sea algo prematura.

—¡Oh, Richard!

—No, de verdad. Sigamos adelante con el viaje.

—¿Y adónde, ahora? ¿A las montañas de la Luna? ¿A Brasil? Con eso no conseguiremos cambiar nada.

—¡No puedes estar segura de eso! —Se acercó a la cama, el rostro surcado por arrugas de desesperación—. Podemos quedarnos unos días más. Visitaremos la aldea del otro lado del lago. Allí es donde hacen las telas.

—Pero ¿por qué, Richard? Dios, ni siquiera comprendo por qué sigues queriéndome.

—Por favor, Lisa, te lo ruego. Después de once años, puedes intentarlo unos cuantos días más.

—De acuerdo —dijo ella, cansada de herirle—. Unos días más.

—¿Y lo intentarás?

Siempre lo he intentado, quiso decirle, pero, entonces preguntándose si era cierto, todo lo cierto que debía ser, se limitó a decir:

—Sí.

La lancha motora que recorría el lago entre Panajachel y San Agustín tenía asientos para quince personas, y nueve de ellos estaban ocupados por alemanes, aparentemente familia (niños, dos grupos de padres, y una pareja de rollizos abuelos de sonrosadas mejillas). Exhalaban tosquedad y buena salud, haciendo que en comparación, Lisa pareciera refinada. Los hombres jalaban del tirante del sujetador de sus mujeres, que eran gruesas y con vello en las piernas, y lo soltaban, haciendo que el abuelo se ahogara de risa cada vez que lo hacían; los niños se quejaban. Pasaron todo el viaje tomándose fotos mutuamente. Debían de saber inglés, porque Richard bromeó acerca de ellos y fruncieron el ceño murmurando entre sí y mostrándose hostiles. Richard y Lisa se desplazaron a popa, habiéndoseles impuesto una unión superficial, y miraron cómo dejaban atrás la costa. Todavía era temprano, pero el sol arrancaba del agua reflejos de un blanco despedazado. Los volcanes parecían desalentadoramente reales a la luz del día, con laderas cubiertas por parches de hierba, maleza y raquílicas palmeras.

San Agustín estaba situado en la base del volcán más grande, y probablemente era lo que fue Panajachel antes de la llegada del turismo. La hierba crecía entre el empedrado, el encalado estaba desconchado en algunos sitios, y había niños desnudos en las puertas de los edificios, babeando y mascando caña de azúcar. En el interior de las casas se vivía en el siglo catorce; suelos sucios, calderos de hierro suspendidos sobre el fuego, gallinas picoteando y cerdos durmiendo. Las viejas indias parecían gnomos y manejaban los hilares tejiendo extraños tapices —como, por ejemplo, un dibujo de pájaros negros con forma de cráneos recortándose contra un fondo de cielos púrpura y árboles verdes, repitiendo una y otra vez la misma imagen— y montones de telas para vestidos que a simple vista parecían tener un centenar de colores, todos perfectamente ar-